

minotauro

PHILIP K. DICK

FLUYAN MIS LÁGRIMAS,
DIJO EL POLICÍA



PHILIP K. DICK

FLUYAN MIS LÁGRIMAS,
DIJO EL POLICÍA

minotauro

Título original:
Flow my tears, the policeman said

Copyright © 1974, Philip K. Dick
Copyright renewed © 2003, Laura Coelho,
Christopher Dick and Isolde Hackett.
All rights reserved

© Traducción de Domingo Santos

© Editorial Planeta, S. A., 2011
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0698-6
Depósito legal: B. 14.552-2019

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

1

El martes 11 de octubre de 1988, el *Jason Taverner Show* quedó treinta segundos corto. Un técnico, mirando a través de la burbuja de plástico de la cúpula de control, congeló el título final en la sección de vídeo y agitó una mano en dirección a Jason Taverner, que había empezado a retirarse del escenario. El técnico dio unos golpecitos a su muñeca y luego señaló su boca.

Jason se acercó al micrófono y dijo lentamente:

–Sigán enviando sus tarjetas y sus cartas de aliento, amigos. Y mantengan la sintonía para *Las aventuras de Scotty, perro extraordinario*.

El técnico sonrió; Jason le devolvió la sonrisa, e inmediatamente quedaron desconectados sonido y vídeo. Su programa musical y de variedades, de una hora de duración, que figuraba en segundo lugar entre los mejores espectáculos de televisión del año, había terminado. Y todo había salido bien.

–¿Dónde hemos perdido medio minuto? –dijo Jason a su estrella invitada especial de aquella noche, Heather Hart.

El hecho le intrigaba. Le gustaba cronometrar sus propios espectáculos.

–Es una minucia –dijo Heather Hart–. No tiene importancia. –Deslizó su fría mano a través de la frente ligeramente húmeda de Jason y frotó cariñosamente el perímetro de sus cabellos color arena.

–¿Te has dado cuenta del poder que tienes? –le dijo a Jason su representante, Al Bliss, acercándose, demasiado como siempre, a él–. Treinta millones de personas te han visto superarte a ti mismo esta noche. Es todo un récord.

–Me supero a mí mismo todas las semanas –dijo Jason–. Es mi marca de fábrica. ¿Acaso es la primera vez que ves el programa?

–Pero, treinta millones... –dijo Bliss, con su redondo y enrojecido rostro salpicado de gotas de sudor–. Piensa en ello. Y luego se podrán explotar las grabaciones.

Jason replicó secamente:

–Estaré muerto antes de que puedan explotarse las grabaciones de este programa. A Dios gracias.

–Probablemente estarás muerto esta noche –dijo Heather–, con todas esas fans esperándote en la calle, dispuestas a cortarte en trozos tan pequeños como sellos de correos.

–Algunos de los que esperan son admiradores suyos, señorita Hart –dijo Al Bliss con su jadeante voz perruna.

–Malditos sean –repuso Heather en tono irritado–. ¿Por qué no se largan? ¿No están quebrantando alguna ley, por vagabundeo o algo por el estilo?

Jason se apoderó de su mano y la apretó fuertemente para atraer su atención. Nunca había comprendido la aversión de Heather hacia sus admiradores; para él eran la sangre vital de su existencia pública. Y para él, su existencia pública, su papel como presentador de fama mundial, era la vida misma.

—Con esos sentimientos —le dijo a Heather—, no tendrías que haberte dedicado a esta profesión. Abandónala. Conviértete en asistenta social en un campo de trabajos forzados.

—Allí también hay gente —replicó hoscamente Heather.

Dos agentes de la policía privada se acercaron a Jason Taverner y a Heather.

—Procuraremos mantener despejado el pasillo —jadeó el más gordo de los dos agentes—. Salgamos ahora, señor Taverner. Antes de que la audiencia del estudio pueda bloquear las salidas laterales.

Hizo una seña a otros tres policías privados, que avanzaron inmediatamente hacia el cálido y atestado pasadizo que conducía finalmente a la calle nocturna. Allí estaba aparcada la aeronave Rolls en todo su lujoso esplendor, con su cohete de cola palpitando perezosamente. Como un corazón mecánico, pensó Jason. Un corazón que latía solamente para él, la estrella. Bueno, por extensión, también palpitaba en respuesta a las necesidades de Heather.

Ella lo merecía; había cantado bien aquella noche.

Casi tan bien como... Jason sonrió burlescamente, en su fuero interno. Diablos, enfrentémonos a ello, pensó. Ellos no conectan todos esos aparatos 3D de televisión en color para ver a la estrella invitada especial. Hay un millar de estrellas invitadas especiales esparcidas por la superficie de la Tierra, y unas cuantas en las colonias marcianas.

Los conectan, pensó, para verme *a mí*. Y yo siempre estoy allí. Jason Taverner no ha decepcionado nunca a sus fans, y nunca lo hará. Al margen de lo que Heather opine de los suyos.

—A ti no te gustan —dijo Jason, mientras se abrían

trabajosamente camino por el recalentado pasillo que olía a sudor-, porque no te gustas a ti misma. En tu fuero interno piensas que tienen mal gusto.

-Son estúpidos -gruñó Heather, y maldijo en voz baja mientras su ancho y plano sombrero volaba de su cabeza y desaparecía para siempre dentro del vientre de ballena del estrujante grupo de fans.

-Son vulgares -dijo Jason, con sus labios en la oreja de Heather, parcialmente perdida en la gran maraña de brillantes cabellos rojos, la famosa cascada de cabello tan amplia y expertamente copiada en los salones de belleza de toda la Tierra.

Heather rechinó:

-No digas esa palabra.

-Son vulgares -dijo Jason-, y unos retrasados mentales. Porque -Jason le mordisqueó el lóbulo de la oreja- eso es lo que significa ser vulgar. ¿De acuerdo?

Heather suspiró.

-¡Oh, Dios! Estar en la aeronave viajando a través del vacío... Eso es lo que anhelo: un vacío infinito. Sin voces humanas, sin olores humanos, sin mandíbulas humanas masticando chicle plástico en nueve colores iridiscentes.

-Los odias de veras -dijo Jason.

-Sí -asintió Heather enérgicamente-. Lo mismo que tú. -Se detuvo un instante y volvió la cabeza para encararse con él-. Sabes que tu maldita voz ha desaparecido; sabes que te estás deslizando por la pendiente de sus días de gloria, y nunca los volverás a ver. -Le sonrió cálidamente-. ¿Nos estamos haciendo viejos? -dijo por encima de los murmullos y los chillidos de los fans-. ¿Juntos? ¿Como marido y mujer?

Jason dijo:

-Los seises no envejecen.

–Oh, sí –dijo Heather–. Sí que envejecen. –Empinándose, tocó su ondulado cabello castaño–. ¿Cuánto tiempo hace que te los tiñes, cariño? ¿Un año? ¿Tres?

–Entra en la aeronave –dijo Jason con brusquedad, empujándola ante él, fuera del edificio y sobre el pavimento del Bulevar Hollywood.

–Entraré –dijo Heather–, si me das un *si mayor* natural. Recuerda cuando...

Jason la empujó al interior de la aeronave, entró tras ella y se volvió para ayudar a Al Bliss a cerrar la puerta. Luego ascendieron hacia el cielo nocturno cubierto de nubes. El gran cielo resplandeciente de Los Ángeles, tan brillante como si fuera mediodía. Y eso es para ti y para mí. pensó Jason. Para los dos. Será siempre como ahora, porque somos seises. Los dos. Lo sepan *ellos* o no.

La situación tenía mucho de humor negro. El conocimiento que ambos tenían y que nadie compartía. Porque así había sido proyectado. Y siempre hubiera sido así..., incluso ahora, después de que todo había salido tan mal. Mal, al menos, a ojos de los proyectistas. Los grandes sabios que se habían equivocado en sus previsiones. Hacía cuarenta y cinco hermosos años, cuando el mundo era joven y las gotas de lluvia se pegaban aún a los ahora desaparecidos cerezos japoneses en Washington, D.C., y el olor a primavera había planeado sobre el noble experimento. Por un breve espacio de tiempo, de todos modos.

–Vamos a Zúrich –dijo Jason en voz alta.

–Estoy demasiado cansada –dijo Heather–. De todas maneras, ese lugar me aburre.

–¿La casa? –preguntó Jason en un tono de incredulidad.

Heather la había escogido para ellos dos, y durante

años enteros se habían refugiado allí... huyendo especialmente de los fans a los que Heather tanto odiaba.

Heather suspiró y dijo:

–La casa. Los relojes suizos. El pan. Los guijarros. La nieve en las colinas.

–Montañas –dijo Jason, sintiéndose todavía agraviado–. Bueno, qué diablos –añadió–. Iré sin ti.

–¿Y llevarás a alguien contigo?

Sencillamente, Jason no podía comprender.

–¿*Quieres* que lleve a alguien conmigo? –preguntó.

–Tú y tu magnetismo. Tu encanto. Podrías llevar a cualquier chica del mundo a aquella gran cama de bronce. Aunque no es que seas mucha cosa una vez estés allí.

–¡Dios! –espetó Jason, enojado–. Otra vez eso. Siempre las mismas viejas historias. Y las únicas que son pura fantasía: son las únicas a las que te aferras.

Heather se volvió a mirarle y dijo ávidamente:

–Sabes cuál es tu aspecto, incluso ahora, a la edad que tienes. Eres guapo. Treinta millones de personas te devoran con los ojos una hora a la semana. No están interesadas en tu manera de cantar, sino en tu incurable belleza física.

–Lo mismo podría decirse de ti –replicó Jason cáusticamente.

Se sentía cansado, y anhelaba la intimidad y el aislamiento que anidaban allí en las afueras de Zúrich, esperando silenciosamente a que los dos regresaran una vez más. Y era como si la casa deseara que se quedaran, no por una noche o por una semana de noches, sino para siempre.

–Yo no aparento mi edad –dijo Heather.

Jason la miró, luego la estudió. Masas de cabello rojo, piel pálida con unas cuantas pecas, una recia na-

riz romana. Enormes ojos color violeta. Heather estaba en lo cierto: no aparentaba su edad. Desde luego, ella nunca había participado en la red transexual de la rejilla telefónica como lo había hecho él. Aunque en realidad lo había hecho muy poco. De modo que no estaba viciado, y en su caso no se habían producido lesiones cerebrales ni envejecimiento prematuro.

–Eres una persona maravillosamente hermosa –dijo Jason, como a regañadientes.

–¿Y tú? –dijo Heather.

Jason no podía dejarse impresionar por esto. Sabía que conservaba su carisma, la fuerza que habían inscrito en sus cromosomas hacía cuarenta y dos años. De acuerdo, sus cabellos griseaban, y se los teñía. Y aquí y allá habían aparecido unas cuantas arrugas. Pero...

–Mientras conserve mi voz –dijo–, no habrá problemas para mí. Tengo lo que quiero. Estás equivocada acerca de mí: la culpa la tiene tu retraimiento, el culto a tu propia personalidad. De acuerdo, si no quieres que vayamos a la casa de Zúrich, ¿adónde quieres ir? ¿A tu casa? ¿A mi casa?

–Querría estar casada contigo –dijo Heather–, de modo que no se tratara de mi casa contra tu casa, sino de «nuestra» casa. Y yo dejaría de cantar y tendría tres hijos, todos parecidos a ti.

–¿Incluso las niñas?

–Todos serían varones –dijo Heather.

Jason se inclinó y la besó en la nariz. Heather sonrió, cogió su mano y le dio unos golpecitos cariñosos.

–Esta noche podemos ir a cualquier parte –dijo él en voz baja, firme y controlada, casi una voz paternal; por regla general daba resultado con Heather, cuando todos los demás recursos fallaban.

A menos, pensó Jason, que me marche solo.

Heather temía que eso sucediera. A veces, en sus peleas, especialmente en la casa de Zúrich, donde nadie podía oírles ni inmiscuirse, Jason había visto el miedo reflejado en su rostro. La idea de estar sola la abrumaba; él lo sabía; ella lo sabía; el miedo era parte de la realidad de su vida en común. No de su vida pública. Para ellos, como auténticos profesionales del espectáculo, el control completo y racional era algo indispensable: por muy furiosos y enojados que estuvieran, actuaban juntos de modo impecable en el gran mundo adorador de espectadores, redactores de cartas y ruidosos fans. Ni siquiera un odio apasionado podría cambiar aquello.

Pero entre ellos no podía existir el odio. Tenían demasiadas cosas en común. Recibían demasiado el uno del otro. Incluso el mero contacto físico, como ahora, sentados juntos en el Rolls volador, les hacía felices. Mientras durase, en cualquier caso.

Jason introdujo una mano en el bolsillo interior de su traje de seda auténtica hecho a medida –uno de los diez que a su juicio había en todo el mundo– y sacó un fajo de billetes comprimidos en un abultado paquete.

–No deberías llevar tanto dinero encima –dijo Heather en el tono que tanto disgustaba a Jason, el tono de una madre gruñona.

–Con esto –dijo Jason, y agitó el fajo de billetes– podemos comprar nuestro camino a cualquier...

–Si algún estudiante incontrolado, fugado anoche de la madriguera de un campus, no te corta la mano por la muñeca y desaparece con tu mano y tu llamativo dinero. Siempre has sido llamativo. Ostentosamente llamativo. ¡Mira tu corbata! ¡Mírala!

Heather había levantado la voz ahora; su furor parecía sincero.

–La vida es corta –dijo Jason–. Y la prosperidad más corta todavía. –Pero volvió a guardar los billetes en el bolsillo interior de su americana y alisó el bulto que formaban en su traje, por lo demás impecable–. Quería comprarte algo con este dinero.

En realidad, la idea acababa de ocurrírsele; lo que había planeado hacer con el dinero era algo distinto: se proponía llevarlo a Las Vegas, a las mesas de blackjack. Como un seis que era, podía –y lo hacía– ganar siempre al blackjack; tenía ventaja sobre cualquiera, incluso sobre el que daba las cartas. Incluso, pensó taimadamente, sobre el amo del garito.

–Estás mintiendo –dijo Heather–. No querías comprarme nada; nunca lo haces, eres demasiado egoísta y siempre piensas en ti mismo. Con ese dinero comprarás alguna rubia y te irás a la cama con ella. Probablemente en nuestra casa de Zúrich, la cual, no lo olvides, hace cuatro meses que no he visto. Puedo estar embarazada.

A Jason le impresionó que Heather dijera aquello de todas las posibles réplicas que podían afluir a su conciencia. Pero había muchas cosas acerca de Heather que no comprendía; con él, lo mismo que con sus fans, ella se reservaba muchos detalles acerca de sí misma.

Pero, con el paso de los años, Jason había aprendido también muchas cosas sobre ella. Sabía, por ejemplo, que en 1982 había tenido un aborto, un secreto celosamente guardado. Sabía que en cierta época había estado casada ilegalmente con el jefe de una comuna estudiantil, y que por espacio de un año había vivido en las madrigueras de la Universidad de Columbia, junto con todos los estudiantes malolientes y barbudos obligados a vivir para siempre en el subsuelo por los pols y los nacs, la policía y la guardia nacional que ro-

deaban todos los campus, impidiendo que los estudiantes accedieran a la sociedad como otras tantas ratas negras abandonando un barco en trance de hundimiento.

Y sabía que hacía un año la habían detenido por tenencia de drogas. Solo la intervención de su rica y poderosa familia había logrado sacarla de aquel atolladero: su dinero, su carisma y su fama no habían servido de nada en el momento de enfrentarse con la policía.

Heather se había sentido muy afectada por todos aquellos acontecimientos, pero Jason sabía que ahora estaba perfectamente. Como todos los seises, Heather poseía una enorme capacidad de recuperación. Una capacidad que había sido implantada cuidadosamente en cada uno de ellos. Entre otras muchas cosas. Cosas que ni siquiera él, a sus cuarenta y dos años, conocía del todo. Y también él había tenido problemas. La mayor parte de ellos en forma de cadáveres, los restos de otros presentadores a los que había pisoteado en su larga escalada hacia la cumbre.

—Esas corbatas «llamativas»... —empezó a decir, pero en aquel momento sonó el timbre del teléfono de la aeronave. Lo cogió. Probablemente era Al Bliss con los índices de audiencia del programa de aquella noche.

Pero no era Bliss. Una voz femenina llegó a sus oídos.

—¿Jason? —inquirió la voz.

—Sí —contestó Jason. Cubrió con la mano el micrófono y se volvió hacia Heather—. Es Marilyn Mason. ¿Por qué diablos le daría el número de mi aeronave?

—¿Quién diablos es Marilyn Mason? —preguntó Heather.

—Luego te lo contaré. —Retiró la mano del micrófono—. Sí, querida, estás hablando con Jason en persona. ¿Qué ocurre? Pareces muy excitada. ¿Te han despedido otra vez? —Le guiñó un ojo a Heather y sonrió aviesamente.

–Líbrate de ella –dijo Heather.

Jason cubrió de nuevo el micrófono y dijo:

–Lo haré; lo estoy haciendo; ¿no te das cuenta? –Y, a través del micrófono–: De acuerdo, Marilyn. Tira ya de la manta: te escucho.

Por espacio de dos años, Marilyn Mason había sido su protegida, por así decirlo. Ella quería ser cantante –ser famosa, rica, amada– como él. Un día se había presentado en el estudio durante un ensayo, y Jason había advertido su presencia: carita tensa y preocupada, botas de media caña, falda demasiado corta; Jason lo había captado todo con una sola ojeada, como de costumbre, y, una semana más tarde le había conseguido una audición con Discos Columbia, recomendándola a su jefe de producción.

Durante aquella semana habían ocurrido muchas cosas, ninguna de las cuales tenía nada que ver con el canto.

Marilyn le espetó estridentemente a su oído:

–Tengo que verte. En caso contrario me suicidaré y la culpa recaerá sobre ti. Para el resto de tu vida. Y le diré a esa Heather Hart que te has estado acostando conmigo.

En su fuero interno, Jason suspiró. Diablos, estaba cansado, agotado por su programa de una hora de duración, obligado a sonreír, sonreír, sonreír.

–Me estoy dirigiendo a Suiza para pasar allí el resto de la noche –dijo en tono firme, como si le hablara a una niña histérica. Habitualmente, cuando Marilyn sufría una de sus crisis acusatorias, casi paranoicas, daba resultado. Pero no esta vez, naturalmente.

–Tardarás cinco minutos en llegar aquí con esa máquina Rolls de un millón de dólares –replicó Marilyn–. Solo quiero hablar contigo cinco segundos. Tengo que decirte algo muy importante.

Probablemente esté embarazada, se dijo Jason a sí mismo. En alguna parte a lo largo de la línea, intencionadamente –quizá de un modo fortuito–, había olvidado tomar la píldora.

–¿Qué puedes decirme en cinco segundos que ya no sepa? –inquirió con acritud–. Dímelo ahora.

–Te quiero aquí conmigo –dijo Marilyn con su habitual falta de consideración–. Tienes que venir. Hace seis meses que no te he visto, y durante ese tiempo he pensado mucho acerca de nosotros. Y en particular acerca de aquella última audición.

–De acuerdo –dijo Jason, sintiéndose amargado y resentido. Esta era su recompensa por tratar de abrirle un camino en el mundo del arte a alguien que, como Marilyn, no tenía el menor talento. Colgó ruidosamente el teléfono, se volvió hacia Heather y dijo–: Me alegro de que no te hayas tropezado nunca con ella; es una...

–Boñiga de vaca –dijo Heather–. Y no me he «tropezado nunca con ella» por la sencilla razón de que tú te has asegurado de que eso no pudiera ocurrir...

–En cualquier caso –dijo Jason mientras hacía girar la aeronave–, le conseguí no una, sino dos audiciones, y las desaproveché. Y, para conservar su propia estimación, quiere atribuirme a mí su fracaso. ¿Te imaginas el cuadro?

–¿Tiene buena figura? –preguntó Heather.

–Debo admitir que sí. –Jason sonrió, y Heather se echó a reír–. Ya conoces mi debilidad. Pero yo cumplí mi parte del trato: le conseguí una audición..., *dos* audiciones. La última fue hace seis meses, y estoy seguro de que aún no ha digerido el fracaso. Me pregunto qué querrá decirme.

Manipuló los controles para indicarle al piloto automático la dirección del edificio en el que se encon-

traba el apartamento de Marilyn, con su pequeña pero adecuada pista de aterrizaje en el tejado.

–Probablemente está enamorada de ti –dijo Heather mientras Jason estacionaba la aeronave sobre su cola y soltaba a continuación la escalerilla de descenso.

–Como otros cuarenta millones de mujeres –dijo Jason alegremente.

Heather, retrepándose en el asiento acolchado, dijo:

–No tardes demasiado o me largaré sin ti.

–¿Dejándome en poder de Marilyn? –dijo Jason. Los dos se echaron a reír–. Volveré enseguida. –Cruzó la pista hasta el ascensor y pulsó el botón de llamada.

Nada más entrar en el apartamento de Marilyn vio de inmediato que la muchacha se hallaba en un estado anormal. Tenía el rostro contraído y el cuerpo tan encogido que parecía como si intentara ingerirse a sí misma. Y sus ojos. Tratándose de mujeres muy pocas cosas impresionaban a Jason, pero lo que estaba viendo le impresionó. Los ojos de Marilyn, completamente redondos y con unas enormes pupilas, le taladraban mientras la muchacha permanecía silenciosamente de pie ante él, con los brazos doblados, rígida como el hierro.

–Empieza a hablar –dijo Jason, buscando a ciegas el asidero de la ventaja. Habitualmente, de hecho virtualmente siempre, era capaz de controlar una situación en la que estuviera involucrada una mujer; era, por así decirlo, su especialidad. Pero esto... Se sintió incómodo. Y Marilyn seguía sin decir nada. Su rostro, bajo capas de maquillaje, estaba completamente exangüe, como si fuera un cadáver animado–. ¿Quieres otra audición? –preguntó Jason–. ¿Es eso?

Marilyn movió negativamente la cabeza.

–De acuerdo; dime de qué se trata –continuó Jason, intranquilo.

Sin embargo, no dejó que el desasosiego se reflejara en su voz: era demasiado sagaz, tenía demasiada experiencia como para permitir que la muchacha se diera cuenta de su incertidumbre. En un enfrentamiento con una mujer hay casi un noventa por ciento de engaño por ambas partes. No importaba lo que uno hacía, sino *cómo* lo hacía.

–Tengo algo para ti –dijo Marilyn.

Acto seguido, dio media vuelta y desapareció de su vista en la cocina. Jason echó a andar tras ella.

–Sigues reprochándome la falta de éxitos de las dos... –empezó a decir.

–Aquí lo tienes –dijo Marilyn.

Cogió una bolsa de plástico del fregadero, la sostuvo en alto unos instantes, con el rostro tan pálido como antes, los ojos desorbitados y sin parpadear. A continuación abrió la bolsa, la sacudió y la adelantó rápidamente hacia él.

Todo ocurrió muy deprisa. Jason retrocedió instintivamente, pero con demasiada lentitud y demasiado tarde. La gelatinosa esponja Callista, con sus cincuenta tubos de alimentación, se pegó a él y se ancló en su pecho. Notó que los tubos de alimentación penetraban en él.

Saltó hacia los armarios de la cocina, aferró una botella medio llena de whisky, desenroscó el tapón con dedos ágiles y vertió el licor sobre la gelatinosa criatura. Sus pensamientos se habían vuelto lúcidos, incluso brillantes; no se dejó vencer por el pánico, sino que siguió vertiendo whisky sobre la cosa.

Durante unos instantes no ocurrió nada. Incluso

siendo presa del pánico, Jason logró dominarse y no huir. Luego la cosa burbujeó, se encogió y cayó de su pecho al suelo. Había muerto.

Sintiéndose débil, Jason se sentó a la mesa de la cocina. Se descubrió de repente a sí mismo luchando contra la inconsciencia: algunos de los tubos permanecían aún en su interior, y estaban vivos.

—No está mal —consiguió decir—. Casi acabas conmigo, miserable tramposa.

—Sin casi —dijo Marilyn Mason con voz inexpresiva—. Algunos de los tubos de alimentación aún están dentro de ti, y tú lo sabes; puedo verlo en tu cara. Y una botella de whisky no va a sacarlos de ahí. *Nada* va a sacarlos de ahí.

En aquel momento Jason se desmayó. Vio vagamente cómo el suelo verde y gris ascendía hacia él, y luego se hizo el vacío. Un vacío en el que ni siquiera él estaba presente.

Dolor. Abrió los ojos, palpó su pecho en un movimiento reflejo. Su traje de seda hecho a medida había desaparecido; llevaba ropas de algodón de hospital, y estaba tendido boca arriba sobre una camilla con ruedas.

—¡Dios! —murmuró, mientras los dos enfermeros empujaban rápidamente la camilla a lo largo del pasillo.

Heather Hart, inclinada sobre él, estaba ansiosa y preocupada; pero al igual que él, conservaba el pleno dominio de sus sentidos.

—Supe que algo iba mal —dijo rápidamente mientras los enfermeros introducían a Jason en una habitación—. De modo que no te esperé en la aeronave; bajé detrás de ti.

—Probablemente pensaste que estaríamos en la cama, Marilyn y yo —dijo Jason débilmente.

–El médico –continuó Heather– ha dicho que quince segundos más y hubieras sucumbido a la violación somática, como él la llamó. La penetración de esa *cosa* en ti.

–Acabé con ella –dijo Jason–. Pero no acabé con todos los tubos de alimentación. Era demasiado tarde.

–Lo sé –dijo Heather–. El médico me lo ha dicho. Están deliberando si someterte a una intervención quirúrgica lo antes posible; tal vez dé resultado, si los tubos no han penetrado demasiado.

–Me porté bien en la crisis –gruñó Jason; cerró los ojos y soportó el dolor–. Pero no lo bastante bien. No lo suficiente. –Abrió los ojos y vio que Heather estaba llorando–. ¿Tan mal están las cosas? –le preguntó.

Alzó el brazo y tomó la mano de Heather. Sintió la presión de su amor mientras ella apretaba sus dedos, y luego todo desapareció. Excepto el dolor. Pero no quedó nada más, ni Heather, ni hospital, ni enfermeros, ni luz. Ni sonido. Fue un momento eterno, y le absorbió por completo.